

F 1233

P 29

1895



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CAPITULO I.

PRESENTACION DEL HEROE.

Despues de haber hecho un calor espantoso durante el día, al comenzar á pardear la tarde sopló la brisa del mar y refrescó un poco, sintiéndose menos pesada la atmósfera. Entonces fué cuando el gobernador Dávila volvió de la playa á donde habia ido á respirar, y dijo al ordenanza, que se hizo á un lado de la puerta de la casa, cuadrándose:

— Tan luego como llegue el teniente Santa-Ana, le haces entrar. [Aquí tenemos que hacer notar que entonces Santa Ana se escribía con una *n*, pero como él quiso agregarle otra despues, nosotros le pondremos siempre su apellido con las dos *m*.)

— ¿Ya volvió el teniente Santa Anna? le preguntó su hija que habia salido á encontrarlo en la puerta, luego que lo divisó.

— Sí, mi Ines, le contestó el viejo abrazándola. Cuando estaba en la playa recibí este papelito suyo

en que me dice: "Acabo de llegar: dentro de unos momentos me presentaré ante V. E. para darle cuenta de mi comision."

—¡Ah! entónces no debe tardar en aparecer, dijo Ines haciendo una mueca y queriendo echar á correr.

—Dame antes un beso. No te detengo porque ya sé que te hace muy mal estómago mi teniente Santa Anna.

—No tanto que me enferme su vista, pero no puedo dejar de confesar que su presencia me causa cierto disgusto. Hasta luego.

Ines besó á su padre en las mejillas y se fué corriendo.

Pocos segundos despues era introducido el teniente Santa Anna al despacho del Gobernador. Este le tendió la mano, y aquel, despues de habérsela besado doblando una rodilla, tomó por expreso mandato de su superior el asiento que éste le designó á cierta distancia.

—Ahora platíqueme vd., querido teniente, ¿cómo le fué con el señor Apodaca?

—A mí me fué muy bien, Exmo. Señor Gobernador, porque ademas de recibirme en su gabinete de trabajo tres veces y concederme que tomara asiento en su presencia, me mahdó expedir el despacho de capitán graduado.

—¿De manera que ya es vd. Capitan?

—Me hizo el honor de nombrarme sin solicitarlo.

—Sí, ya entiendo: quiso ganarlo á su causa. Prosi-ga vd.

—Por lo que respecta á la delicada mision que Su Excelencia me confi6 de poner un término decoroso á la polvareda que contra su gobierno han venido levantando varios chismes, me contest6 que se sentia muy ofendido por la dureza con que estaban escritas las últimas notas del Gobierno de la Provincia de Veracruz.

—De manera que persiste en su capricho de seguirme hostilizando?

—Las tres veces en que se dign6 recibirme hablamos muy largo sobre ese particular, y pude cerciorarme de que está muy impresionado con tantas historias, que no pueden haber referido mas que los enemigos de vuestra Excelencia, pues lo acusan ademas de algunos despojos de particulares, de haber dispuesto sin autorizacion de las rentas del tabaco y de providencias dictadas sin consulta. Pero debo agregar que todo eso lo disimula, segun dice, con tal de que sean retiradas y repuestas las notas irrespetuosas.

—Rayo de Dios! exclam6 el Gobernador, levantándose rojo de cólera, pues era muy irritable, me disimulan lo que no tengo necesidad de que me disimulen, porque es un surcido de calumnias todo eso de que me hacen cargo; y quieren que retire unas notas que mas bien estoy dispuesto á repetir, una vez que no contienen mas que mi justificacion.

El ya capitán Santa Anna que tambien se habia levantado, continu6 diciendo:

—Yo me cansé de alegarle que lo habian engañado y que si las notas eran enérgicas nada tenían de

irrespetuosas; pero se encerró en sus trece, haciéndome saber, sin duda por inadvertencia, que se estaba formando el expediente para remitirlo en primera oportunidad al trono de España.

--Eso, eso; los dos irémos al trono de España y á uno ú otro, ó á los dos, nos costará el empleo; pero yo no he de ceder ni en una línea ante las pretensiones de ese mentecato. Mañana mismo enviaré mis quejas al Rey, y estoy seguro de que me hará justicia. Por fortuna que no carezco de buenos valimientos en la Corte.

--Debo también decir una frase que se escapó al Exmo. Señor Virrey en el calor de la conversacion.

--¿Qué frase es esa? preguntó Dávila deteniendo sus paseos.

--Dijo así: ya me informé de que ese Gobernador de Veracruz tiene nombramiento del Rey y no podré destituirlo, pero si tantas me hace, sabré, podré y deberé suspenderlo.

--¡Ah! ¿con que llega su odio á tal punto, eh? Pues ya, ya le haremos ver quien es el Gobernador Dávila.

Y como en los paseos que estuvo dando por el gabinete, llegó tres veces á la mesa y dió otros tantos golpes con el puño, ya eso le sirvió para desahogar un tanto cuanto su cólera, y luego dijo á Santa Anna con la voz mas reposada:

--De todos modos, le agradezco mucho el empeño con que ha ido á cumplir mi comision, aunque nada se haya conseguido. Y como necesita vd. descansar.

del viaje, le permito que se retire quedando por el día de mañana relevado de todo servicio.--Buenas noches, capitán.

Santa Anna hizo dos profundas reverencias y se retiró á reculones. El Gobernador siguió dando muestras de mal humor durante la cena, lo cual hizo murmurar á Ines:

--Ese oficial Santa Anna es ave de mal agüero para todos nosotros.

Unos quince días despues entró Santa Anna al despacho del Gobernador con su traje nuevo de capitán. Aquel funcionario le habia enviado de sus oficinas á su casa por unos papeles que le interesaban.

No fué poca sorpresa la del oficial ver á Ines que estaba sentada escribiendo en la mesa de Don José Dávila y esto hizo que se contuviera turbado en el centro del gabinete.

Ella levantó la cabeza y preguntó con altivez.

--¿Qué se ofrece?

Santa Anna se excusó por haber entrado, creyendo que el gabinete estaba solo, presentándose de una manera tan irrespetuosa, y luego agregó:

--El Exmo. Señor Gobernador me envia por unos papeles que cree haber dejado encima de esa mesa.

--Pues entonces, búselos y lléveselos.

Mientras Santa Anna se acercaba y buscaba, ella cubrió con otro papel cualquiera lo que estaba escribiendo.

El oficial buscó y encontró luego los papeles, pero aun despues de haberlos tomado, se quedó inmóvil

mirando á Ines. Esta, disimulaba, dirigiendo los ojos hácia otro lado.

Santa Anna era atrevido, y al fin exclamó con tono meloso:

—Pero Ines, adorable Ines, ¿qué delito he cometido yo para que me trate vd. con tanta dureza?

—Mi padre ha de haber encargado á vd. que regresara pronto.

—El señor Don José es muy bondadoso para con su ayudante; solo vd., Ines, usa para conmigo de rigores que no creo merecer.

—Señor oficial, contestó la altiva dama, no tiene vd. derecho para estarme dirigiendo la palabra con abuso de confianza.

—¿Con abuso de confianza? preguntó atónito el oficial.

—Sí, porque no fué enviado á hablarme, sino á llevar unos papeles, y usted abusa al verme aquí sola.

—Dios me libre de ello, hermosa Ines, Dios me libre que crea que la ofendo en lo mas mínimo, cuando es para mí tan sagrada; vd. conoce mejor que nadie mis sentimientos, puesto que desde hace tiempo la he hablado de un amor que tanto desdeña.

—Después de haberle dicho una vez que ponga sus pretensiones en otra, porque hay muy grande distancia entre nosotros dos, como la hay entre el amo y el criado, pasa de insolencia seguir insistiendo.

Santa Anna se puso lívido ante aquel insulto, y contestó haciendo esfuerzos para contenerse:

—Yo estoy en carrera y dejaré de ser criado. Soy

pobre y plebeyo, pero me siento con fuerzas para hacerme rico y noble.... ¿Me seguirá vd. desdeñando á pesar de eso?

—Cuando sea vd. igual á nosotros, cuando consiga hacerse dueño de la hacienda de Manga de Clavo como dijo el otro día en medio de su insensatez, entonces venga y dirija sus pretensiones á mi padre. Entre tanto no nos conocemos.

Y cogiendo rápidamente el papel en que escribía, echó á correr, no sin fijar antes en Santa Anna una mirada llena de altivez al mismo tiempo que desplegaban sus labios una sonrisa burlona.

Santa Anna se quedó como clavado en medio de la pieza.

Cuando volvió en sí del ensimismamiento que le habian producido los golpes de orgullo de la jóven, se caló su gorra militar y salió de allí echando chispas.

Por la calle se fué pensando, á la vez que se encaminaba á llevar los pliegos olvidados al Gobernador Dávila, de esta suerte:

—Debia abandonar esa empresa que tiene tantas dificultades y tantos peligros, debia haber desistido desde el primer día en que respondió con suprema altanería á mis miradas amorosas y á mis tiernas palabras; pero el caso es que su misma altivez es lo que mas me induce á seguirla y á desearla. Que la rindiera yo un poco, que la obligara á interesarse algo en mi persona, que la viera yo un tanto cuanto inclinada á corresponderme y con eso solo me conformaria, pues demasiado claro veo que estoy muy abajo para pretenderla.

¿Qué viene á ser un pobre capitan graduado sin mas capital que su espada, junto á la noble hija de un Gobernador? ¿Qué porvenir tiene que ofrecerla un infeliz oficialillo á quien los insurgentes pueden matar mañana? Solo que pudiera engrandecerme á gran prisa y aun esa esperanza es perdida, puesto que la guerra de la insurreccion está terminándose. Daria lo que no tengo porque llovieran Minas ó demonios y la guerra volviera á comenzar mas encarnizada.

Como si el cielo hubiera oído los votos secretos de Santa Anna, sucedió que aparecieron unas turbas de insurgentes en frente de las murallas de Veracruz. Hacia mucho tiempo que aquellas no se presentaban porque habíanse casi terminado en toda la provincia, y aquel atrevimiento llamó mucho la atencion.

--Señor Gobernador, exclamó Santa Anna, precipitándose en el despacho del Gobernador, se han presentado por allí afuera unas chusmas de insurgentes y yo quisiera estrenar con ellas mis divisas de capitan.

--Precisamente estoy en los momentos de dictar providencias, le contestó el buen Don José Dávila, de manera que vd. será el encargado de ahuyentar esas turbas.

--Con cien hombres del Fijo me atrevo á creer que daré buena cuenta de ellas.

--Ya sé que es vd. intrépido, capitan, pero es mejor que lleve doscientos hombres de infantería y lo menos unos cincuenta de caballería, porque esos insurgentes son tenaces y aguerridos,

--Como Su Excelencia lo disponga.

Y al poco rato toda la poblacion de Veracruz presencié la salida de Santa Anna al frente de aquellas tropas, subiéndose las gentes á las azoteas para presenciar el combate. El oficial montaba airosamente un buen caballo, y con su traje nuevo de capitan parecia un general mandando un Ejército, tan satisfecho así iba y tanto daba voces de mando y hacia caracolear su corcel por las calles.

Los insurgentes luego que vieron salir la pequeña tropa empezaron á dar gritos de gusto. Era precisamente lo que iban buscando, que se les destacara alguna fuerza para quitarle armas y parque de que estaban necesitados.

El combate fué breve, pero muy reñido. En un santiamen rodearon los insurgentes á los realistas y comenzaron á lancearlos sin misericordia despues de una descarga de mosquetería que fué á herir y dejar muertos á varios de los curiosos que estaban en las azoteas mas próximas.

Los realistas sufrieron una soberana derrota, quedando en poder de los insurgentes una multitud de muertos, heridos y prisioneros, lo mismo que todo el armamento. El jefe de la columna apenas pudo escaparse á uña de caballo perdiendo el sombrero en la vertiginosa carrera.

Quando Santa Anna pasó todavía corriendo por la casa del Gobernador, se detuvo un poco al oír cierto

ruido muy significativo de risas y murmuraciones. Volvió la cara hácia arriba y vió á Ines que lo señalaba con el dedo lanzándole al rostro una muy alegre carcajada.

—¡Y no te abres, tierra, para tragarme! murmuró el despechado oficial.

Este fracaso acontecia en Septiembre de 1818.

Y aquí tienen nuestros lectores al héroe de la presente Leyenda.

CAPITULO II.

LA PRIMERA VOLTERETA.

Muy herido estaba el orgullo de aquel oficial, que unia á su extrema pobreza la humildad de su cuna, por los desaires que recibia así de la hija del gobernador como de toda la aristocracia veracruzana, entre la cual no habia podido hacer letra por mas que á figurar se sintiera llamado por sus grandes aspiraciones. Don Antonio Santa Anna á secas, pues todavía no se agregaba el Lopez en aquella época, no era de despreciable figura á pesar de la mala conformacion de sus narices, sino que tenia la sangre pesada para algunas gentes, era lo que ahora se llama propiamente un ser antipático, así es que mientras el gobernador lo quería porque nunca se fijaba en él y solo tomaba en cuenta su viveza natural y sus adulaciones, las demas personas en lo general lo veian de mal ojo, unas por celos y otras porque les repugnaba la petulancia de

S. ALTEZA—3

que lo acusaban. El por su parte solo al general Dávila profesaba algo de estimación y algo de agradecimiento por sus favores, sin que esta circunstancia loli-gara mucho, pues él no sabía ligarse con nadie profundamente, pero ahora pesaba además en su conducta la consideración de que estaba empeñado en interesar á Inés fuera por cuestión de amor propio ó porque realmente estuviera enamorado, de manera que todo eso lo unía estrechamente con el gobernador.

Sucedió al poco tiempo que este funcionario, que como dijimos antes, había caído en la desgracia del Virrey, fué suspendido en su cargo durante mas de un año sustituyéndole Liñan, y entonces Santa Anna se empeñó en darle mayores pruebas de adhesión mostrándose mas apegado á su persona, con lo cual desarmó un tanto cuanto á Inés que llegó á tratarlo con menos dureza y casi con algun afecto. Sin embargo, Dávila ganó el pleito al Virrey ante la Corte de España que aprobó todos sus actos mandando que fuera re- puesto en la gobernación de la Provincia de Veracruz é Inés tornó á manifestarse desdeñosa con el capitán agoviándolo á desprecios.

Llegó el año de 21, fué proclamado el plan de Iguala, se conmovió el país; tomó incremento la revolución en algunas poblaciones de Oriente y entonces fué cuando Santa Anna, que era ambicioso y valiente, vió abier- tas de par en par las puertas del porvenir. En sus con- versaciones con Dávila procuró insinuarse con buenas ideas, como se había insinuado antes en las cuestiones con el Virrey, habiendo sido coronados con el éxito sus

planes de defensa, pues era hábil para la intriga, de tal modo que Dávila se acostumbró á ver en él una buena espada y un hombre de recursos muy capaz de ayudarlo á salir de los mas grandes atolladeros.

Santa Anna le había dicho:

—Deseo que se presente una oportunidad para pro- bar á V. E. tres cosas: en primer lugar mi adhesión á su persona; en segundo lugar mi valor, y en tercer lugar, mi actividad y mis conocimientos de la Provin- cia, de los insurgentes y del arte militar.

La oportunidad se habia presentado porque se tu- vieron noticias ciertas de que la población de Orizaba queria insurreccionarse y lo envió con doscientos hom- bres y con el título de comandante, á fin de que hicie- ra aquella campaña, dándole plenisimos poderes para que obrara segun las circunstancias.

—Señor, dijo al Gobernador besándole la mano en- tusiasmado, con nada podré pagar á V. E. esta gran- dísima distincion, que me llena del mas profundo agradecimiento; pero voy á procurar siquiera corres- pponder á su confianza con mi lealtad y con mis esfuer- zos, llenando mi deber hasta donde me ayuden las fuerzas

—Comandante Santa Anna, le contestó el Gober- nador, fío las armas del rey al mas fiel de mis subor- dinados y por mas que sea vd. americano, fundo el buen éxito de la campaña que le encomiendo en su amor ardiente por la causa realista.

—V. E. sabe que odio á los insurgentes y que na- da me complace tanto como castigarlos, así es que me

prometo hacer los escarmientos mas severos con todos los que caigan en mis manos.

—Vaya vd, pues á alistarse para salir esta misma noche con la mayor reserva, pues importa que nadie descubra nuestros planes.

Santa Anna pidió permiso para despedirse de la familia del gobernador y concedido que le fué, se presentó en la casa é hizo por encontrarse un momento á solas con la hermosa Ines apareciéndosele en el momento en que cruzaba por el corredor.

—El general me ha dado licencia, le dijo, de venir á despedirme de su familia que tanto amo y respeto.

—Va vd. á salir á campaña? le preguntó la joven.

—Voy á buscar la muerte en los combates, una vez que aquí soy tan desgraciado.

—Pues mucho cuidado con el sombrero, le contestó ella riéndose.

Santa Anna se puso purpureo de vergüenza y de despecho y se apresuró á replicar.

—¿Quiere decir que no he de recojer otra cosa con mi amor que ofensas y desprecios?

—Señor Santa Anna, dijo la jóven recobrando su seriedad, pero con gran altivez, yo haré presente á mi familia que vino vd. á despedirse de ella.

—¡Ah, Ines! ¡cruel Ines! ¿me arroja vd. de su presencia?

—Deseo á vd. un buen viaje.

Y sin ver siquiera el efecto que producía en el oficial este nuevo desprecio, le volvió la espalda y se introdujo en la habitacion.

Santa Anna corrido, despechado, rabioso, salió de aquella casa preñado el corazon con sentimientos de venganza. ¡Oh! con cuanto ánimo iba á tomar parte en aquellos sucesos que presentaban ya un aspecto formidable hasta hacerse rico, hasta hacerse noble, hasta engrandecerse mas que el general Dávila si era posible. Solo de un modo no subiría mucho, si encontraba la muerte en alguno de los combates; pero y si lo mataban, ¿que se perdía? ¿que importaba la muerte de un oscuro soldado en medio de los torrentes de sangre que iban a derramarse? En todo caso le era preferible morir si por subalterno habia de sufrir semejantes humillaciones de parte de las damas de alta alcurnia. Su venganza consistiria en poder volver mandando una División como general, en llegar á ser el niño mimado del Virrey como lo era entonces del gobernador de la Provincia de Veracruz y en poder conseguir con su influencia lo que no había logrado por sus humildes merecimientos. Ines seria suya cuando lo viera honrado, engrandecido con la ilimitada confianza del Virrey, quien tal vez no vacilaria en confiarle, despues de tres ó cuatro años de buenos servicios el mando de todos sus ejércitos. Se sentía con tamaños hasta para ser Capitan General. Sobre todo, que vinieran las riquezas, y sí le vendrian porque iba á esprimir á todos los pueblos valiéndose de los plenisimos poderes que llevaba, y despues de ser rico, tan rico como Armijo, como Calleja ó como Iturbide que habian hecho colosales fortunas en sus campañas militares, todo caería á sus piés, supuesto que le constaba

por experiencia que nada se resistía nunca al poder del dinero. Con esas ilusiones, con esas opiniones, con esos pensamientos, con esas esperanzas, salió á la media noche de aquel día llevando cien hombres de infantería y cincuenta de caballería que era todo el ejército que podía proporcionarle el gobernador en aquellas circunstancias algo críticas ya, en que tanto temía debilitar su guarnición.

El comandante Santa Anna hizo la travesía á Orizaba con toda felicidad, no obstante que ya andaban levantadas algunas partidas de insurgentes, llegando con su pequeña tropa al punto de su destino.

Apenas tenía cuatro días de llegado y empezaba á tomar sus disposiciones para atacar ó defenderse, cuando en la madrugada del 23 de Marzo se presentaron á la vista de la villa de Orizaba los independientes Francisco Miranda y José Martínez con sus partidas que montaban á unos quinientos hombres muy mal armados y peor municionados, los que sin detenerse entraron á la plaza, habiendo tenido los realistas tiempo de replegarse al convento del Carmen y sus alrededores.

El jefe Miranda había adelantado un correo con una carta-intimación para Santa Anna, en la cual le decía que siendo oficial americano y estando ya todos los americanos y aun muchos españoles por el plan de Iguala, esperaba que depusiera las armas y aun se le daría el mando principal de toda la fuerza en el evento de que quisiera seguir las banderas de la independen-

cia; pero que en todo caso debía evitarse que corriera la sangre entre hermanos y que en tal virtud le suplicaba que entraran en arreglos, cualesquiera que fueran, porque el caudillo de la revolución deseaba que por la persuasión y no por la fuerza de las armas triunfara la santa causa que estaba defendiendo.

Santa Anna que era sagaz, preguntó al correo:

—¿Quién es vd?

—Soy el sargento Cristóbal Ballecano.

—¡Ah! de manera que vd. conoce los elementos que tienen Miranda y Martínez.

—Si, Señor Comandante.

—Ellos me ofrecen que si me paso á sus banderas me darán el mando; pero yo solo entraría con ellos si me dieran una lista de sus hombres, de sus armas y de su parque, porque si no tienen lo necesario es preferible esperar otra oportunidad.

El sargento cayó en el garlito y creyendo que había buena fé de parte de Santa Anna, le hizo una relación sucinta de los casi nulos elementos que traían los independientes.

—Ya contestaré la carta, dijo á Ballecano mandándolo encerrar en el convento.

E inmediatamente se precipitó con sus fuerzas á atacar al enemigo que estaba en la plaza descansando sobre las armas en espera de la contestación.

Luego que vieron los independientes que los atacaban, se prepararon para resistir, pero antes de contestar el fuego que se les hacía se adelantó Miranda á

caballo quitándose y el sombrero políticamente gritó con todos sus pulmones:

—Señor Santa Anna, no queremos pelear, sin que nos conteste antes la intimación.

El jefe realista sin atender súplicas mandó cargar; pero como los independientes no tenían parque, se lanzaron sable en mano por entre sus contrarios á refugiarse en la iglesia dejando algunos fusiles tirados en el cementerio.

El 24 de Marzo Santa Anna se fortificó en el Cármen y dió orden de que se le presentaran bajo penas severas todos los que tuvieran armas y caballos. El 25 los insurgentes se aproximaron al fuerte, cambiaron algunos tiros con los realistas y en seguida se fueron á situar en la garita de la Angostura.

En los días siguientes hubo algunas escaramuzas, no atreviéndose ni unos ni otros beligerantes á librar un combate formal porque Santa Anna tenía pocas tropas y los insurgentes estaban escasos de parque, hasta que el día 29 recibió Santa Anna un buen refuerzo de Córdoba compuesto de algunas compañías del batallón de Asturias, sorprendiendo al enemigo que estaba durmiendo á pierna suelta en la garita. La derrota de este pudo ser completa en virtud de la sorpresa; pero los jefes eran valientes y aguerridos y lograron reponerse y hacer una defensa vigorosa que obligó á los realistas á volverse al Cármen en donde unidos con los frailes del convento celebraron con repiques y otros ruidos la victoria, poniendo Santa Anna en seguida un parte al Virrey de los más rumbosos, parte que le

valió se le estendiera desde luego como premio el nombramiento de Teniente Coronel.

Cuando se celebraba el triunfo, el insurgente Miranda pasaba otra vez por el centro de la villa á ocupar la garita de Escamela.

Seguia en el Carmen la frasca cuando á las dos de la tarde se presentó á Santa Anna un emisario del comandante José Joaquín de Herrera anunciándole que lo tenía rodeado con cerca de dos mil hombres de muy buena tropa.

—¡Canario! exclamó Santa Anna, esta si es gorda: ó sucumbo y se marchitan en un instante mis laureles ó me paso al plan de Iguala que es lo que está de moda y en el otro campo que es el mio verdaderamente podré hacer mas pronto carrera. ¿No me han humillado los realistas porque soy americano, con excepcion del gobernador Dávila, no su misma hija se ha declarado mi mayor enemigo? Pues entonces que me perdone el gobernador y yo le explicaré, si hay tiempo, que no tenía otra salida. Lo mejor en este caso es pasarme al enemigo con armas y bajages, pero mirando siempre á mi conveniencia.

En seguida, sin comunicar nada á los frailes que eran sus aliados, escribió á Herrera diciéndole que estaba dispuesto á acogerse á sus banderas, para lo cual le pedia una media hora de conversacion.

En menos tiempo quedaron allanadas las dificultades.

—Espero un ascenso del Virrey, le dijo á Herrera, ¿me reconocerán vdes. con ese carácter?

—Si el Virrey hace á vd. Teniente coronel, le contestó Don José Joaquín, yo le respondo de que Iturbide para no ser menos, le hará Coronel.

—¡Magnífico! exclamó Santa Anna, restregándose las manos, ¿y qué mando podré obtener desde luego?

—El mando de toda la Provincia de Veracruz con plenas facultades de que yo le dejaré investido, pues que soy llamado urgentemente por Bravo para irme sobre Puebla.

Santa Anna apenas podía creer que le sonriera tan locamente la fortuna y mandando sacar sus tropas del convento y formándolas en la calle, se plantó delante de ellas y gritó:

—¡Viva el Plan de Iguala!

—¡Viva! contestó la mayor parte de la tropa que tenía simpatías por la nueva causa.

Y se puso en marcha el nuevo Comandante insurgente sin despedirse de sus amigos los frailes.

CAPITULO III.

— LAS ALAS DE ICARO.

Santa Anna se tenía y era tenido en Veracruz por uno de los realistas mas ardientes, así porque con ellos se habia formado, como por sus aspiraciones y costumbres, de modo que cuando se vió al lado de los insurgentes disculpó interiormente su deslealtad para con el gobernador con este argumento de su uso particular, según hemos dicho antes: "Inés me desaira, los demás me humillan, luego debo hacer carrera por otro lado," sin tener en cuenta que ninguno á su edad y en sus condiciones de mexicano habia hecho mayores progresos. Lo que menos se confesaba, era la versatili-
 dad de su carácter que comenzaba á tener oportunidad de manifestarse. En lo que sí estaba conforme era en que se sentía con grandes ambiciones y en que para satisfacerlas debía ir por el camino por donde se